

Aporte de la Novela a la Calidad del Crimen

por Ernesto Mallo

Según las Naciones Unidas, las ganancias del crimen internacional superan los dos millones de millones de dólares anuales; las del crimen organizado igualan al PBI del Reino Unido; la trata de personas (sólo de mujeres) es de 32 mil millones de dólares mientras unos 40 mil millones de dólares pasan a manos de funcionarios corruptos, sólo en los países desarrollados. Y todavía no contamos lo producido por hurtos y delitos menores. Todo este volumen de dinero le da trabajo e ingresos no sólo a los delincuentes, también se benefician directamente de la actividad criminal compañías de seguros, empresas de seguridad; los aparatos policial, judicial, penitenciario y de inteligencia; estudiosos universitarios; fabricantes de armas, alarmas y equipos de vigilancia; entre muchos otros y en forma indirecta los proveedores de toda clase de bienes y servicios para ellos, además de los autores y editores de novelas policiales. El crimen nutre al cine, a la tv, al teatro y al espectáculo en general; a la prensa en todos sus formatos... la lista es interminable, se trata sin duda de “una industria de industrias”, madre de innumerables negocios, lícitos, semilícitos e ilegales. Si mañana desaparecieran todos los delincuentes se produciría de inmediato una hecatombe económica que haría parecer una fiesta de fin de curso a la última crisis financiera de los bancos. Parte de tal catástrofe sería la cadena de quiebras que hundiría al sistema bancario internacional por ausencia de capital para el lavado. No hay actividad humana que no se vincule directa o indirectamente con el crimen, y esta relación, lejos de disminuir, aumenta constantemente. Vivimos en una cultura criminal. Independientemente de nuestros actos, estamos envueltos en una especie de útero criminal, que nos nutre, nos abriga y nos determina y que también puede arruinarnos o destruirnos. Es una cuestión de equilibrio.

Se habla con harta frecuencia de “guerra”, contra el crimen, el tráfico de drogas, la mafia y así sucesivamente. Esto es una falacia de primer orden. La relación de los gobiernos con el crimen no es de guerra, las guerras en algún momento se terminan y hay un vencedor. Los esfuerzos represivos sólo pueden aspirar a mantener el delito dentro de ciertos límites y dar respuesta a los hechos que mayor indignación producen en los medios de comunicación y en el público. Cuando el intercambio entre el poder gubernamental y el criminal se da en el plano militar se trata sólo de la continuación de la política por otros medios, con toda la carga de renunciamentos, asociaciones, colaboraciones, complicidades y traiciones que conlleva. La relación de poder entre estado y delincuencia determina que los principios de igualdad y justicia sean declamados día a día con mayor énfasis y aplicados con menor entusiasmo. En los más altos niveles de la sociedad, el límite entre criminales y probos es difuso y, como se sabe, el dinero es un medio muy eficaz para comprar o borrar pruebas. Como los políticos, los medios pueden ocuparse de aquellos delitos que no afecten sus intereses, de los otros mejor no hablar, no es cuestión de andar pisándole los callos a los poderosos. Por esa razón es que tanto unos como otros señalan como criminales a los pequeños delincuentes, a los asaltantes, especialmente a los violentos. Por lo general hijos de la miseria, sin educación, cultura e inteligencia siquiera para el más elemental de los delitos. En la foto no son todos los que están ni están todos los que son. Los ricos son ricos y hacen lo que quieren, los pobres son pobres y hacen lo que sienten, el problema mayor lo tiene la clase media, cuyos miembros son quienes compran (o roban) libros. Por un lado debe aferrarse con uñas y dientes para evitar caer en la pobreza adonde muchas medidas gubernamentales parecen querer arrastrarla; por otro lado debe cuidarse del canibalismo de los que ya cayeron. Situada en el punto de máxima tensión de estas dos fuerzas, la clase media tiene la imperiosa necesidad de entender lo que pasa, cuál es su situación, donde ubicarse, qué hacer, cómo, cuándo y con quién hacerlo. Para todo eso, tiene muy pocos puntos de referencia confiables. Todo el mundo miente. Estamos en uno de esos grandes momentos paradójales: no hay a quien creerle, la verdad ha quedado en manos de mentirosos profesionales, los escritores. Es en estas circunstancias que se produce el resurgimiento de la novela policial al que asistimos actualmente para felicidad de quienes cultivamos el género y del surgimiento de miles de festivales celebratorios en lo que se ha denominado “el circuito negro internacional”, al que Buenos Aires ingresa en estos días con la inauguración de BAN! - Buenos Aires Negra. François Gueriff, el

legendario editor de la *Serie Noir* de Rivages, y uno de los hombres que más sabe de novela policial en el mundo, sostiene que es el mejor medio para evaluar una sociedad. Liberada de intereses particulares, de censura y de una forzosa sujeción a lo real; obligada a la verosimilitud, la novela puede volar a mayor altura que la crónica para describir las conspiraciones, y sumergirse más profundamente en la parte negra del alma humana, los móviles, los intereses y las pasiones. Las obras del género se han vuelto más sociales en los últimos años, más incisivas. Las buenas al menos no se comprometen con lo políticamente correcto ni con la moral media, no se ocupan en denunciar el mal, les basta con describirlo. Lejos del juicio y la propaganda pueden revelar una verdad más profunda a través de la ficción. Juan Bautista Alberdi dijo: “los pueblos tienen los gobiernos que se merecen”. André Malraux mejoró el dicho: “los pueblos tienen los gobiernos que se les parecen”. Se puede pensar que los pueblos tienen la policía que se les parece y, cómo no, los criminales que se les parecen. La buena novela policial es espejo, no acusa, muestra.

Hay estudios internacionales que demuestran que cuanto más próspera es una sociedad menos asesinatos padece. Sucede también que cuando una comunidad mejora sus niveles de ingreso y educación formal, la tasa de homicidios disminuye, pero aumentan las estafas. Pareciera ser que hay una cuota constante de criminalidad con independencia de la forma en que se exprese. La cuestión criminal es entonces un problema de calidad. Es evidente que la calidad de los criminales está en franca decadencia. La sociedad, que paga precios altísimos por los criminales que produce, tiene todo el derecho a exigir criminales de mayor calidad. Es preciso establecer políticas de estado para que nuestros criminales estén más instruidos, sean más educados e inteligentes para terminar con la superpoblación de pobres y de tontos en las cárceles. Hay tres debates que es preciso instalar: ¿qué clase de políticos queremos tener?, ¿qué clase de policías queremos tener?, ¿qué clase de delincuentes queremos tener? La novela policial puede hacer un aporte significativo a la discusión.